

La ciudad hispano-romana de Labitolosa

(La Puebla de Castro)

MARÍA ÁNGELES MAGALLÓN BOTAYA

En la localidad ribagorzana de La Puebla de Castro se han localizado los restos materiales de una ciudad hispano-romana denominada Labitolosa, cuyo desarrollo tuvo lugar entre los siglos I a. C. y III d. C. A lo largo de estos casi cuatrocientos años sus habitantes construyeron una serie de monumentos que, afortunadamente, han llegado en gran parte hasta nosotros.

Labitolosa es una de las ciudades situadas en el área circumpirenaica que contribuyeron a asentar la población y a extender la civilización y las formas de vida romanas; ciudades como *Oiarso* (Irún), *Pompaelo* (Pamplona), *Iacca* (Jaca), *Osca* (Huesca), *Barbotum* (Coscojuela de Fantova), *Boletum* (Boltaña), *Aeso* (Isona), *Ieso* (Guissona), *Ilerda* (Lérida) y *Ausa* (Vich), por citar algunas de

las más conocidas de la vertiente meridional de los Pirineos, fueron semejantes a la ciudad ribagorzana. En Labitolosa, a diferencia de algunos de estos núcleos urbanos que acabamos de citar, no se ha mantenido la población actual sobre el enclave romano, sino que fue abandonada ya en el siglo III d. C. perdiéndose su memoria, puesto que no figuraba en ninguna fuente antigua.

Labitolosa se ubica en un punto que permite controlar el acceso hacia la zona más abrupta de la cadena montañosa, concretamente en el valle del Ésera, muy próximo al pantano de Joaquín Costa (o de Barasona) en Graus y al impresionante desfiladero de Olvena. Se encuentra además muy bien relacionada con las tierras del centro del valle del Ebro, ya que desde ella se puede llegar con facilidad hasta la gran calzada que une *Tarraco-Ilerda-Osca* y *Caesaraugusta* (Tarragona-Lérida-Huesca y Zaragoza) y que, en dirección este-oeste, cruza las tierras del somontano oscense. Igualmente la proximidad al río Cinca facilita las comunicaciones fluviales hacia el Ebro y a través de este río hacia el Mediterráneo.

Las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz esta ciudad que no aparece mencionada en los textos literarios antiguos –Plinio no la cita entre las ciudades del *Conventus Caesaraugustanus*– y de la que únicamente sabíamos de su existencia por la referencia hecha en un documento del siglo VI (551 d. C.) llamado

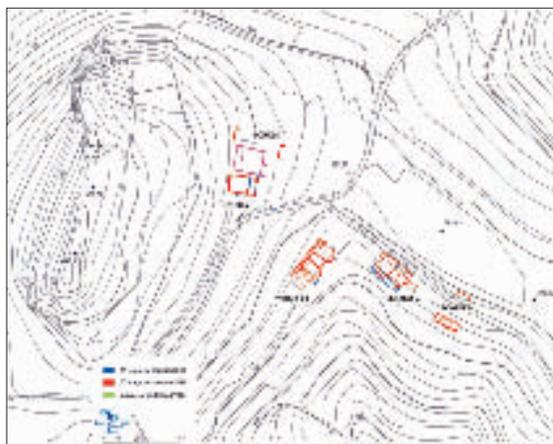


Árulas

Gracias al estudio de Labitolosa es posible aproximarnos a la historia de la comarca de La Ribagorza en la Antigüedad y comprender el papel que el territorio desempeñó en época romana y cómo se fue configurando en torno a algunos de sus núcleos urbanos.

Labitolosa fue un enclave que adquirió la categoría de *municipio* en época flavia y que desarrolló un vasto programa de monumentalización precisamente a partir de mediados del siglo I d. C. Es en este momento cuando se construyen las termas y se reedifica el foro augústeo, en el se incorpora una curia para albergar los pedestales honoríficos dedicados a los notables locales; una política, en definitiva, que busca dar a la comunidad una imagen monumental acorde a su nuevo estatus jurídico privilegiado.

Gracias al estudio de Labitolosa es posible aproximarnos a la historia de la comarca de La Ribagorza en la Antigüedad y comprender el papel que el territorio desempeñó en época romana y cómo se fue configurando en torno a algunos de sus núcleos urbanos.



Mapa del yacimiento arqueológico de Labitolosa

Donación del diácono Vicente, y por el hallazgo de una inscripción en la que se mencionaba el nombre de los *cives labitolosani*. Nada se conocía de este enclave urbano en el que, al igual que sucede en otras ciudades antiguas, el tiempo hizo olvidar todos sus vestigios. En la actualidad los trabajos arqueológicos que desde 1991 lleva realizando un equipo hispano-francés (de las universidades de Zaragoza y Burdeos bajo la dirección de Pierre Sillières y M.^a Ángeles Magallón), han puesto de manifiesto la importancia de sus restos y el interés científico que el conocimiento de esta ciudad tiene para el estudio de la romanización.

Los monumentos labitolosanos. La curia

Es sorprendente el excelente estado de conservación que presentan los edificios públicos hallados en Labitolosa. Antes de proceder a su descripción, hay que resaltar el descubrimiento del llamado *foro*, un gran espacio público, a modo de gran plaza, en el que, como sabemos, se ubicaban los edificios religiosos y de administración de

una ciudad romana. En el de Labitolosa se ha localizado el edificio de la *curia*, la mejor conservada de España, así como los restos de una gran estructura, muy deteriorada, de función desconocida. Conocemos además los edificios de ocio y esparcimiento, concretamente dos termas romanas (Termas I y Termas II), e igualmente sabemos cómo eran su urbanismo y las viviendas de sus habitantes, que llegaron incluso a contar con un sistema de calefacción individual.



Vista general del edificio de la curia

La curia, construida por *Marcus Clodius Flaccus* en los años 110-120 d. C., es un edificio de considerables dimensiones (18 m de largo x 11 m de ancho), cubierto en la actualidad por una estructura metálica que trata de evocar su tamaño original. Se conserva bien su mitad norte pero no así la parte sur, muy destruida debido a su situación entre dos terrazas agrícolas. De forma rectangular, está dividido en dos partes: el vestíbulo, hoy prácticamente arrasado, y la sala principal, en un extraordinario estado de conservación. Esta segunda estancia, denominada *aula*, presenta una planta casi cuadrada de 11 m de longitud x 9,5 m de anchura; los muros de sus lados este y oeste tienen 0,75 m de grosor y alcanzan en su ángulo noreste una altura de 4 m. Todos los muros de esta sala principal están revestidos interiormente de estuco decorado con pinturas y el suelo es de *opus signinum*, una técnica que mezcla yeso, cerámicas y gravas muy utilizada por los romanos.

De este monumento, por el momento el más completo de su tipología de los hallados en España, hay que destacar no solo su evidente interés arquitectónico, cuyos paralelos nos llevan a la ciudad norteafricana de Thamugadi (Timgad, Argelia), sino el conjunto de inscripciones, algunas todavía in situ, hallado en su interior, dispuestas a lo largo de las paredes. A este grupo hay que sumar las descubiertas en años anteriores en zonas próximas al monumento y las conservadas en la iglesia de La Puebla de Castro y en el Museo de Zaragoza, que hacen del conjunto epigráfico de Labitolosa uno de los más relevantes de todo Aragón. Estos materiales, que para el profano pueden tener escaso interés, ofrecen al estudioso, en este caso a los arqueólogos, una serie de datos de gran valor ya que gracias a ellos podemos conocer los nombres de personas, de ciudades y otro tipo de información que permite reconstruir la vida de las gentes que las habitaron.

Los dos edificios termales

El singular y extraordinario edificio de la curia no es el único monumento conservado en la ciudad. Hay que destacar la existencia de dos conjuntos termales situados muy próximos entre sí (unos 30 metros) en la misma zona de la ciudad (entre las cotas 583,25 y 580,80 m de altitud).



Vista general del conjunto Termas I



El *frigidarium* de Termas II

Son los complejos que denominamos *Termas I*, descubierto en 1991, y *Termas II*, descubierto en 1995, ambos muy similares tanto en su organización como en dimensiones, distribución y técnicas de construcción. Se trata de dos termas públicas que se construyeron sucesivamente con una diferencia de veinte años aproximadamente: Termas I debió de edificarse a mediados del siglo I d. C., entre los años 40-60 d. C., y Termas II en los años 70-80 d. C. aproximadamente. Sufrieron después los mismos avatares que el resto de edificios públicos de la ciudad ya que fueron abandonadas a comienzos del siglo III d. C.

La perfecta preservación de algunas de sus estancias y especialmente del sistema de distribución del aire caliente las convierten en monumentos singulares y, sin duda, de los mejor conservados de Aragón. En las termas de Labitolosa encontramos algunas peculiaridades destacables como el empleo de pilares de arenisca en lugar de ladrillo, como sucede en otros yacimientos, y un ingenioso sistema de entalles en los muros de arenisca para los conductos del aire caliente, apreciable en Termas I.

En ambos conjuntos se disponen siguiendo un eje axial las diferentes dependencias de que constan los edificios termales: *frigidarium* (sala fría), *tepidarium* (sala templada), *caldarium-cella solaris* (sala caliente) y sus correspondientes *hypocaustum* (estancias subterráneas por las que discurre el aire caliente), *prae-furnium* (horno) y *palestra* o *solarium*, siendo su conservación extraordinaria en Termas I y buena en Termas II.

En estos edificios los habitantes de Labitolosa disfrutaron de los placeres del baño, pero seguramente también establecieron contactos personales e intercambios económicos y discutieron de la vida pública de su modesta ciudad, al igual que hacían todos los habitantes del Imperio romano en las termas.

Los habitantes de la ciudad

La *ciuitas*, la ciudad romana, compuesta por un territorio controlado por un núcleo urbano, fue la unidad administrativa por excelencia del Imperio Romano, el medio de controlar a la población y los recursos económicos y de integrar a sus habitantes en la cultura romana.

Para que el sistema urbano se mantuviera y desarrollara, el modelo político romano partía de la colaboración con las elites locales que gobernaban sus respectivas ciudades según el ejemplo de la *Urbs*, Roma. Gracias a los textos epigráficos descubiertos en Labillosa podemos reconstruir una pequeña parte de las elites locales de estas poblaciones, recrear sus vidas, seguir los pasos de su progresión social e incluso establecer sus vinculaciones familiares, sobre todo en la primera mitad del siglo II d. C. Los habitantes de Labillosa se llamaron: Marco Clodio Flacco, Cornelia Neila, Sexto Junio Silvino, Cayo Gratio Senilis, Lucio Aemilio Ataeso, Cornelio Filemón, Clodia, Nummio Valente, Nummio Preso, etc., personas que vivieron hace unos 2000 años y que, sin duda, podemos considerar como los primeros habitantes ribagorzanos de los que sabemos su nombre y actividades.

El interés histórico y arqueológico de la ciudad de Labillosa es grande. Sin caer en un falso orgullo podemos decir que sus vestigios son los mejor conservados del mundo romano en la provincia de Huesca y que es, sin duda, uno de los grandes yacimientos arqueológicos de Aragón. Su estudio es, por lo tanto, fundamental para el conocimiento de la romanización en la vertiente meridional de los Pirineos. Y, por otra parte, es también esencial para conocer el comercio y las actividades económicas del valle del Ebro ya que en Labillosa están presentes distintas clases de cerámica fina y, especialmente, de producciones regionales. El análisis detallado de estos materiales proporcionará datos importantes acerca de los circuitos comerciales de la zona y del papel de la cadena pirenaica en las relaciones humanas en la Antigüedad.



